

DISCURSO CEREMONIA DESPEDIDA

María Elena Ovalle

Banco Central de Chile, 30 de Noviembre de 2005

En pocos días finaliza mi período de 10 años como Consejera del Banco Central de Chile. Mi partida ha coincidido con la celebración de los 80 años de existencia del Banco, lo que ha motivado realizar distintos recuentos históricos acerca de nuestra Institución. Por lo mismo, más que repasar el detalle de la última década, quiero compartir con ustedes 2 lecciones que sintetizan lo principal de mi experiencia como consejera. La primera de ellas se refiere a que si bien el Banco Central es autónomo, sus políticas no pueden mirarse aisladamente, sino deben estar apoyadas en un consenso razonable entre los distintos sectores y en una sólida institucionalidad. La segunda es más bien una reflexión sobre nuestro aporte como personas al desarrollo del país.

Respecto a la primera, luego de 15 años de autonomía del Banco Central se ha logrado establecer un marco de política monetaria, cambiaria y financiera que ha llevado a una economía sólida e integrada internacionalmente, con una inflación baja y estable. Sin embargo, las políticas macroeconómicas y financieras son parte de un enfoque más general de crecimiento en una economía abierta. Un buen esquema macroeconómico puede evitar desastres o malos resultados, pero no asegura un alto crecimiento. La buena gobernabilidad exige una agenda balanceada, que refuerce simultáneamente estos 3 pilares o bases: buenas políticas, institucionalidad y consenso. La eficacia de cada uno de estos factores depende del estado de los demás.

¿Cómo se ha visto reflejada en la práctica esta experiencia? Los países, al igual que las personas, experimentan períodos de éxito, de pesimismo, de impaciencia, períodos más o menos difíciles. Pero, lo que a la larga importa es como los enfrentamos, para que cada vez que hagamos un balance, éste sea positivo y lleve a la certeza que hemos avanzado.

Si uno hace un breve recuento histórico, no exhaustivo, de lo ocurrido en Chile, se observa que tras el retorno a la democracia en 1990, se vivía un ambiente cargado de

altas expectativas, pero también de mucha incertidumbre. Había una tremenda necesidad de buscar la unidad y consolidar el proceso de apertura iniciado por nuestra economía en las décadas anteriores. Por ello, las políticas macroeconómicas del Banco Central se definieron en línea con la política de apertura al mundo, el logro de la estabilidad de precios y la profundización de la integración de los mercados nacional e internacional.

La tarea no era fácil, en un país dividido que venía saliendo de un período difícil. Pero se vio, o más bien, se sintió la necesidad de establecer un diálogo entre nosotros, no importando las distintas posiciones políticas. Hubo conciencia que navegábamos en un mismo barco. Se buscó la austeridad fiscal y se hizo un esfuerzo sistemático para controlar la inflación. Se tomaron distintas acciones para estabilizar el tipo de cambio en un nivel coherente con el equilibrio de las cuentas externas y muchas otras medidas para profundizar la apertura internacional e incrementar el gasto social.

Esta fase se extendió hasta 1996, cuando la economía crecía sobre el 10% y se había logrado gran credibilidad en las políticas. Luego, llegó el momento de desplazar las prioridades hacia reformas microeconómicas para seguir sosteniendo el crecimiento, principalmente a través de esquemas para aumentar la inversión privada. Esto nuevamente fue posible porque había un marco de consenso razonable en las políticas y las instituciones encargadas de aplicarlas generaron confianza entre los inversionistas.

Pero, como ocurre en nuestras vidas, en momentos de gloria, estos éxitos como país nos generaron un exceso de confianza, hubo un debilitamiento de los consensos y una subestimación de las dificultades de los procesos de reformas, incluso olvidando que la economía se mueve por ciclos. El hecho que la crisis mexicana en 1995 no tuviera efectos en Chile pareció confirmar esa sensación de inmunidad. La sociedad se volvió menos tolerante, lo que afectó la agenda de reformas microeconómicas y sociales, pero no los principios básicos del marco económico. En este escenario se produjo la crisis de los países asiáticos y su contagio se extendió a la mayoría de las economías emergentes, entre ellas la nuestra. Así, se hizo imposible mantener simultáneamente una banda cambiaria, la movilidad internacional de capitales y una política monetaria activa.

A pesar de estos hechos, las instituciones claves para la gobernabilidad macroeconómica aplicaron políticas prudentes, que acotaron los efectos que se derivaban de este nuevo escenario. A ello contribuyó la sólida posición y eficiente supervisión de la banca, que fueron esenciales para limitar el contagio financiero.

La situación económica del país, tanto interna como externa durante los años 1998-1999 se presentó muy difícil. Se sentía un gran pesimismo y al mismo tiempo gran impaciencia para salir de la crisis. El problema era cómo salir, sin perder lo ganado en tantas áreas y que era necesario mantener. El Banco Central y el Ministerio de Hacienda tuvieron un papel decisivo en esta etapa, donde se aplicó un perfeccionamiento del esquema macroeconómico y un nuevo enfoque en la política fiscal. Se incorporaron nuevos actores (organizaciones empresariales, centros académicos y todos los sectores políticos). Esto permitió romper el círculo vicioso que detenía nuevas reformas, generando las condiciones de confianza para obtener un mayor beneficio del mejoramiento del ambiente externo que vendría más tarde.

El primer paso fue la decisión del Banco Central, en septiembre de 1999, de abandonar la banda cambiaria y optar por un régimen flexible, lo que era un movimiento estratégico que permitía enfrentar mejor los cambios en las condiciones externas. Además, la cuenta de capital de la Balanza de Pagos se abrió completamente y la integración financiera pasó a jugar un rol más destacado en la estrategia para ganar resiliencia.

Este esquema fue completado el año 2000 con una mejora en la política de metas de inflación y mayor transparencia en la conducción de la política monetaria (IPoM).

El segundo paso fue el nuevo enfoque de la política fiscal, de establecer la regla de mantener un superávit estructural equivalente a un 1% del PIB. Esta regla, que se comenzó a aplicar en el 2001 aumentó la credibilidad de la política fiscal y permitió una política anticíclica.

Este hecho demuestra que las reformas de política pueden comenzar dentro de las instituciones y luego, dependiendo de las condiciones del entorno, obtener el apoyo político necesario para su implementación. No hay duda que la capacidad institucional

es una de las reservas que tienen los países para sostener el progreso. Es necesario destacar que sin la independencia del Banco Central habría sido muy difícil renovar el marco de política monetaria.

Otro hecho importante fue la agenda pro crecimiento propuesta por el sector privado, que alcanzó un acuerdo formal a comienzos del 2002. Consolidar esta agenda de reformas tomó casi dos años por incertidumbres y temores que venían del exterior, pero al mismo tiempo favoreció la disposición de los diversos actores públicos y privados de lograr que estas nuevas reformas fueran compartidas y que redujeran los problemas que venían del exterior. Los factores que contribuyeron a ello fueron la capacidad institucional del país y una nueva búsqueda de consensos.

Como ven, para llegar a la situación de hoy ha pasado mucha agua bajo el puente. Pero, sin lugar a dudas, se ha avanzado. La economía está hoy en condiciones de plantearse nuevos desafíos para incrementar su crecimiento potencial a partir de un marco ordenado de políticas macroeconómicas. Se ha generado una renovada confianza en la capacidad de la sociedad chilena para enfrentar estos nuevos desafíos en su camino al desarrollo. Esto se refleja en el alto grado de consenso sobre los temas-país más relevantes, como son la persistencia de desigualdades del ingreso, brecha de la productividad con los países desarrollados, necesidad de enfatizar la competencia en el funcionamiento de los mercados internos y de consolidar la integración con los mercados externos. Gradualmente, se vuelve a ampliar el horizonte en que se debaten las políticas públicas.

En síntesis, la gran lección es que la gobernabilidad económica se apoya en buenas políticas, en un consenso razonable entre los distintos sectores y en una sólida institucionalidad. Estos elementos se refuerzan entre si y crean un círculo virtuoso de buena gobernabilidad y crecimiento. Yo creo que esta es una gran lección.

La segunda reflexión es sobre nuestra contribución como individuos al desarrollo del país. Ninguno de nosotros es demasiado viejo para no tener fuerzas ni demasiado joven como para no aportar. Este es un momento particularmente atractivo para Chile; nos hemos abierto al mundo traspasando los márgenes de nuestra lejana geografía. Por esa apertura han entrado infinitas posibilidades para poder crecer y desarrollarnos, pero

también se han introducido muchos cambios, que a veces nos alejan de nuestras raíces y confunden el alma. El cambio de cultura que experimentamos remece hasta el sistema de valores que ha dado sentido a nuestras vidas. Es tarea de nuestra generación y de la que viene, discernir, abrir los nuevos tiempos, buscar nuevos caminos, sabiendo conservar aquello que debe perdurar. Hoy como nunca antes debemos ser sujetos de la historia: hombres y mujeres capaces de ordenar su casa y humanizar los cambios. Si en toda época ésta ha sido tarea irrenunciable, en este tiempo en que la modernidad puramente racionalista en lo científico, lo político y lo económico ha mostrado sus vacíos, surgen mayores exigencias de mejorar la patria, de mejorar al ser humano. Vivimos un momento propicio para hacer un aporte al ser porque hemos tomado conciencia del vacío.

Nunca debemos olvidar nuestra historia, las características de nuestro país y nuestra gente, es decir, lo que en verdad somos y lo que necesitamos. Ello nos conduce a ser partícipes activos de lo que ocurre en nuestra institución, en nuestra comunidad, en nuestro país. Esto lleva a que cada uno de nosotros dé más allá del cumplimiento de las obligaciones familiares o laborales, como se hizo presente, por ejemplo, en el exitoso concurso “La Economía + Cerca”, en cuya preparación y desarrollo se tuvo la participación voluntaria de distintas divisiones del Banco. Cuando vimos cómo se había llegado a los colegios de todo el país y el bien que se había provocado, el sano orgullo estaba dentro de nosotros.

Quisiera hacer especial mención a la impresionante calidad de nuestro personal, creo sinceramente que forman parte, sin duda, de la elite de nuestro país. Pero me gustaría hacer una reflexión que me puedo permitir no sólo porque es la hora de mi partida, sino también por la etapa de madurez que estoy viviendo.

Creo que es indispensable que los profesionales sean excelentes en sus respectivas disciplinas, que hagan rendir los talentos recibidos sin mediocridad. El país necesita para su desarrollo, profesionales de primera calidad, serios, creativos, constantes y estudiosos. El buscar la excelencia es un modo de amar si no se hace sólo por sobresalir y satisfacer el ego personal.

Es fundamental que nuestra labor sea integral e integradora. Que los profesionales puedan ser especializados, pero jamás hombres o mujeres de una sola dimensión. Nuestros profesionales deben ser profundamente humanos, sensibles, capaces de apasionarse por todas las manifestaciones del espíritu y dolerse con todo lo que quebranta la humanidad. El hombre integral tiene ese equilibrio que le permite ser religioso sin ser beato, científico sin perder las otras dimensiones de la humanidad; artista sin despreciar la razón; deportista con conciencia que el cuerpo no puede ser centro exclusivo de todos los cuidados; inquieto socialmente sin caer jamás en el simplismo demagógico. Ciencia, arte, religión, deportes deben amalgamarse en una síntesis armónica. Una formación integral supone también educar la afectividad. Cuando llegue la hora del arqueo final la pregunta será si hemos sabido amar. Por eso nuestra vida profesional debe armonizarse siempre con la vida de familia y con la capacidad de construir una amistad fiel y profunda.

Hoy quiero invitar a cada uno de Uds. a enfrentar nuevos desafíos con la mayor energía, legitimidad y convicción que les sea posible, de un modo responsable y constructivo. Sin detenerse. Entregando con entusiasmo y compromiso lo mejor de nosotros mismos con la certeza que vamos a contribuir a un mundo mejor.

Ha llegado el momento de la despedida. Como ustedes saben las personas pasan y las instituciones quedan. Ahora es mi turno, parto con alegría y satisfacción y, por mi naturaleza, llena de desafíos. Quiero agradecer a mis colegas del Consejo, los que me antecedieron y los que hoy me acompañan. El trabajar con ellos fue un honor y un desafío constante. Especialmente mis agradecimientos a Jorge Desormeaux, por su forma de ser y su preocupación permanente por los demás. Muchas veces transformó momentos difíciles en momentos de esperanza. Un agradecimiento profundo y con mucho afecto a mis ayudantes directos: mis secretarias Cecilia e Isabel, a mis asistentes Jenny, Claudia, Patricio, mi chofer José. Su colaboración a través de estos años es inmedible, su entusiasmo y entrega en cada uno de los proyectos que emprendimos fue siempre un impulso creador y pleno de satisfacciones. Nunca dejé de sentir que con un equipo como el que tuve no existían límites. En realidad, no puedo referirme a todos los que quisiera, pero quiero agradecer a cada uno de ustedes por todo lo recibido estos años, que no fueron fáciles, pero si muy enriquecedores en el sentido amplio de mi vida.

Quisiera finalizar recordando las motivadoras palabras de la Madre Teresa de Calcuta “...Detrás de cada línea de llegada, hay una de partida. Detrás de cada logro, hay otro desafío. Sigue aunque todos esperen que abandones. No dejes que se oxide el hierro que hay en tí... Cuando por los años no puedas correr, trota. Cuando no puedas trotar, camina. Cuando no puedas caminar, usa el bastón ¡Pero nunca te detengas!”.

Muchas gracias.